

aumentaba por momentos en el rostro de Carlos VI. Muchas veces durante la lectura enjugó éste el sudor que corría por su frente; y cuando la hubo concluido, después de haberla roto y arrojado sus mil pedazos al viento, dijo con una voz sorda cual si saliese de un cadáver:

— ¡El caballero á los calabozos del gran Chatelet! ¡ la reina á Tours! y yo... yo á la abadía de San Antonio. No me siento con fuerzas para volver á París.

Estaba, en efecto, tan pálido y temblaba tanto, que parecía iba á morir.

Algunos instantes después, y según las órdenes del rey se dividió su pequeña comitiva en tres grupos formando un triángulo: Dupuy, partidario decidido de Bernardo, y dos capitanes se dirigieron á Vincennes para intimar á la reina la orden de su destierro; Tanneguy Duchatel se volvió á París con el preso, que continuaba desmayado; y el rey, que se había quedado solo con el condestable, se encaminó á campo través á la abadía para pedir á los monjes un asilo, paz y oraciones.

---

## XVII

Perrinet Leclerc.

Mientras que se abren las puertas de la abadía de San Antonio para recibir al rey, las de las cárceles del Chatelet para encerrar al caballero de Bourdón, y mientras que Dupuy hace alto un cuarto de legua antes de llegar á Vincennes para esperar el refuerzo de tres compañías de guardias que le envía Tanneguy Duchatel, transportaremos á nuestro lector al palacio que habita Isabel de Baviera.

En aquellos tiempos de turbulencia, en que era muy frecuente andar á cuchilladas en un baile y muy común el salpicar con sangre un festín, era Vincennes una fortaleza y una quinta de recreo á la

vez. Si damos una vuelta alrededor de sus murallas exteriores, de sus anchos fosos, de las altas torres que la muralla tiene en cada uno de sus ángulos, de los puentes levadizos que diariamente se levantan rechinando y de sus centinelas escalonadas en las almenas, nos representaremos el aspecto grave de una fortaleza en cuya defensa y seguridad nada se ha descuidado. Si entramos en ella, este aspecto cambiará enteramente; porque si bien es verdad que tropezaremos con los centinelas que guarnecen las murallas, no lo es menos que el descuido con que cumplen con su consigna y la atención constante con que tienen clavada la vista en el primer patio lleno de soldados jugando á diferentes juegos, en vez de mirar á lo lejos para velar si alguna tropa enemiga se acerca, testificará la impaciencia que les agita de dejar su arco y sus flechas para empuñar el cubilete de los dados, y no dejará duda de que el deber que pesa sobre ellos es más un resultado de la disciplina de todos tiempos, que el de una urgencia momentánea. Si de este patio pasamos al segundo, desaparecerá completamente todo aparato militar, pues solo veremos en él halconeros adiestrando sus halcones, pajes enseñando perros y escuderos domando caballos; y en medio de tanta risa, de tanto grito y silbido veremos

pasar varias jóvenes alegres y alborotadoras, que diciendo al paso alguna chanzoneta á los halconeros, sonriéndose á los pajes y dejando más de una promesa á los escuderos, desaparecen como visiones por una puerta baja y cimbrada que está enfrente del primer patio y es la que da entrada á las habitaciones.

No son las dos imágenes de santos que adornan dicha puerta las que hacen inclinarse á las muchachas con una coquetería respetuosa al pasar por su lado: la causa de tanta cortesanía son dos señores jóvenes y hermosos, Gravile y Giac, que arrimados á la pared debajo de las dos imágenes con una pierna cruzada sobre la otra, y envueltos en elegantes batas de terciopelo y de damasco, están hablando de amores y de caza. Puede asegurarse que el que así los hubiera visto tendría no pequeña dificultad en reconocer sobre sus rostros indolentes esa señal que el dedo del destino imprime, según dicen, en la frente de aquellos que deben morir jóvenes. Un astrólogo, al estudiar las líneas de sus blancas y rollizas manos, les hubiese anunciado larga y placentera vida; pero hubiese salido falso su pronóstico, porque cinco años después debía penetrar de parte á parte el pecho del primero la lanza de un inglés, y apenas deberíanse transcurrir

ocho para que las aguas del Loire recibiese en su seno el cadáver del segundo.

Si pasamos más adelante y subimos por la escalera adornada con un barandado festoneado que tenemos á la izquierda ; si al llegar al primer piso abrimos la puerta ojival para entrar y sin detenernos en la primera pieza, que en la distribución moderna de nuestras habitaciones llamaríamos una antesala, seguimos sobre la punta de los pies y conteniendo la respiración hasta unos tapices con grandes florones de oro que separan este cuarto del segundo, veremos, levantándolos con cuidado, un espectáculo que merece particular mención en medió de la larga descripción que acabamos de hacer.

En un cuarto cuadrado como la torre, cuyo primer piso forma, iluminado por una luz que á duras penas penetra por las cortinas de tela de grandes florones de oro que cuelgan en las estrechas ventanas de pintados vidrios, y sobre una de esas góticas anchas camas con columnas cinceladas, veremos acostada y dormida una mujer, que aunque ha pasado ya la primera edad de la juventud, conserva todavía su hermosura. El crepúsculo que reina en el cuarto parece más bien el resultado de un cálculo de coquetería que el defecto de la casua-

lidad ; pues esas medias tintas que en nada perjudican á los redondeados contornos que ellas dulcifican, auxilian poderosamente la agradable impresión que causa el lindo brazo que cuelga fuera de la cama, la frescura de aquel rostro unida á un pecho desnudo, y la finura de aquellos cabellos sueltos, de los que una parte se esparce sobre la almohada, y la otra, acompañando al brazo que está pendiente, pasa más abajo de la extremidad de sus dedos y llega hasta el suelo.

Sin necesidad de poner el nombre debajo de este retrato, creemos que nuestros lectores habrán reconocido á la reina Isabel, sobre cuyo rostro los años de placer han impreso sus huellas más ligeramente que las que han dejado en la frente de su marido los años de dolor.

Al cabo de un instante se separaron los labios de la joven con un ligero ruido semejante al de un beso ; sus grandes ojos se abrieron con una languidez que hizo desaparecer durante algún tiempo su expresión de dureza habitual, languidez que tal vez en este momento debía á un sueño, ó por mejor decir, á un recuerdo de deleite. Por débil que fuese la luz, sin embargo pareció demasiado fuerte á sus ojos fatigados : los cerró un instante, se levantó apoyándose en el codo, buscó con la otra mano

debajo de las almohadas de la cama un espejuelo de acero bruñido y se miró en él con cierta sonrisa de satisfacción ; dejándolo después en la mesa que tenía cerca, cogió un silbato de plata y llamó dos veces con él, echándose después sobre su cama, como cansada de este esfuerzo ; y dando un suspiro en el cual podía verse más fácilmente la expresión de la fatiga que del cansancio, volvió á recostarse.

Apenas había cesado de oírse el sonido de silbato, cuando levantándose los tapicés que ocultaban la puerta, asomó la cabeza de una joven como de unos diez y ocho á veinte años.

— ¿ Madama, me llama ? preguntó con una voz suave y tímida.

— Sí, Carlota ; entrad.

Entró, en efecto, sentando los pies tan ligeramente sobre las espesas esteras que servían de alfombras, que se conocía á tiro de ballesta que había hecho un estudio de andar de este modo cuando los deberes que tenía que cumplir la llamaban, durante el sueño de su hermosa é impaciente ama, á su lado.

— Muy puntual estáis, Carlota, dijo la reina sonriéndose.

— No hago más que cumplir con mi deber, señora.

— Acercaos más.

— ¿ Queréis levantaros, señora ?

— No, quiero hablar contigo.

Carlota se sonrojó de placer porque tenía que pedir una gracia á la reina, y conoció desde luego que su noble ama estaba en uno de esos momentos de felicidad en que los poderosos de este miserable mundo conceden todo lo que pueden conceder.

— ¿ Qué ruido es ese que se oye en el patio ? continuó la reina.

— Los pajes y los escuderos que están riéndose.

— No, yo oigo otras voces.

— Las de los caballeros Giac y Graville.

— ¿ No está con ellos el caballero de Bourdón ?

— No, señora, todavía no se ha presentado.

— ¿ No ha turbado ninguna novedad la tranquilidad del castillo ?

— Nada ; solamente algunos instantes antes de amanecer, el centinela ha visto deslizarse por las murallas una sombra, y al verla le echó el *¿ quién vive ?* El hombre, porque era hombre, saltó entonces al otro lado del foso, á pesar de la distancia y la elevación : entonces el centinela ha disparado su ballesta.

— ¡ Y después ? dijo la reina desapareciendo completamente el color de sus mejillas.

— ¡ Oh ! ; Raimundo es un torpe ! No le acertó, y esta mañana he encontrado clavada su flecha en uno de los árboles que crecen en el foso.

— ¡ Ah ! dijo Isabel.

Y su pecho respiró con más libertad.

— ¡ Qué locura ! continuó hablando consigo misma.

— Sin duda debe ser algún loco, ó tal vez un espía, porque de diez, nueve se hubieran muerto. Esta es ya la tercera vez que sucede. Cosa alarmante para los habitantes de esta fortaleza, ¿ no es verdad, señora ?

— Sí, hija mía ; pero yo te aseguro que no se repetirá más cuando el caballero de Bourdón sea gobernador.

Y una sonrisa imperceptible se asomó á los labios de la reina, mientras que el color de sus mejillas, un instante ausente, vino á presentarse con una lentitud tal, que probaba cuán profundo y penoso era el sentimiento que lo había hecho desaparecer.

— ¡ Oh ! continuó Carlota, ¡ qué gentil y valiente es el caballero de Bourdón !

La reina se sonrió.

— ¡ Ah ! le quieres tú mucho ?

— Con todo mi corazón, dijo sencillamente la doncella.

— Yo se lo diré, Carlota, segura de que recibirá una satisfacción.

— ¡ Por Dios, señora, no se lo digáis ! porque tengo un favor que pedirle, y jamás me atrevería...

— ¿ Tú ?

— Sí, señora.

— ¿ Y cuál es ese favor ?

— ¡ Oh ! señora...

— Vamos, dímelo.

— Yo quisiera... pero no me atrevo.

— Expícate, pues.

— Quisiera pedirle un empleo de escudero

— ¿ Para ti ? dijo riéndose la reina.

— ¡ Señora !... exclamó Carlota, poniéndose encarnada como la grana y bajando la vista.

— El entusiasmo que te anima hace creíble cualquier cosa. ¿ Para quién, pues ?

— Para un joven...

Carlota pronunció estas palabras con una voz tan baja, que apenas pudieron oírse.

— ¡ Ah ! ¿ Y quién es ?

— ¡ Dios mío ! Señora...

— En fin, ¿quién es? repitió Isabel con cierta impaciencia.

— Mi novio, se apresuró á contestar Carlota; y dos lágrimas temblaron en las negras pestañas de sus párpados.

— ¿Y tú le amas, hija mía? preguntó la reina con un tono de voz tan dulce, cual si fuese una madre que preguntara á su hija.

— Sí, señora, más que á mi vida...

— Pues bien, yo me encargo de tu pretensión, y pediré á Bourdón el empleo para tu novio; de ese modo no se separará nunca de ti. Sí, hija mía, yo comprendo cuán dulce es no separarse ni un solo instante de la persona que se ama.

Carlota se echó á sus pies y besó ardentemente las manos de la reina, cuyo rostro, habitualmente altanero, tenía pintada en este momento una dulzura angelical.

— ¡Oh! ¡cuán buena sois, exclamó, y cuán agradecida os estoy! ¡Dios y el bendito San Carlos os amparen, señora, con su protección!... Gracias, gracias... ¡Qué felicidad para él!... Dadme, señora, licencia para irle á dar esta feliz nueva.

— ¿Donde está?

— Sí, dijo ella con un pequeño movimiento de

cabeza, sí, ayer le dije que el caballero sería probablemente nombrado gobernador de Vincennes; esta noche le ha ocurrido lo que acabo de decir, y esta mañana ha venido corriendo á participarme su proyecto.

— ¿Pero adónde está?

— Aquí en la puerta de la antecámara.

— ¡Cómo! ¿Has tenido atrevimiento?...

Los ojos negros de Isabel centelleaban: la pobre Carlota, de rodillas y con las manos cruzadas se echó hacia atrás.

— ¡Perdón, perdón! exclamó.

Isabel reflexionó un instante.

— ¿Ese hombre abrazará sinceramente nuestra causa?

— Después de lo que acabáis de prometer, señora, pondría las manos en el fuego por vos.

La reina se sonrió.

— ¿Hacedle entrar, Carlota, quiero verle.

— ¿Aquí? dijo la pobre doncella pasando del terror á la admiración.

— Aquí; quiero hablarle.

Carlota estrechó su cabeza con ambas manos para asegurarse que no era un sueño; y levantando luego la cabeza, miró á la reina con la mayor

II.

29988

3  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

admiración, sin atreverse á salir hasta que se lo mandó ésta con una nueva seña.

La reina juntó las cortinas de su cama, pasó la cabeza por el corto espacio que quedaba entre ellas, sujetó la colcha debajo de su barba, sabiendo muy bien que su hermosura nada perdería con el colorido encendido que la tela encarnada daría á sus mejillas.

Apenas había acabado de tomar estas precauciones, cuando entró Carlota seguida de su amante.

Era un hermoso joven de veinte á veintidós años, de espaciosa y despejada frente, ojos azules y vivos, pelo castaño y color pálido: venía vestido con una ropilla de paño verde, abierta por la sangría del brazo, de modo que permitía ver la camisa; un pantalón del mismo color marcaba los músculos fuertemente pronunciados en sus piernas; un cinturón de cuero amarillo sostenía la daga de ancha hoja, que debía el bruñido de su puño al movimiento habitual que había contraído su amo de llevar á ella la mano, mientras que con la otra sostenía un sombrero de fieltro por el estilo de nuestras gorras de caza.

Se paró á dos pasos de la puerta. La reina echó sobre él una rápida mirada; y sin duda hubiera prolongado el exámen que estaba haciendo de su

persona, si hubiese podido prever que tenía en su presencia uno de esos hombres á los cuales la mano del destino ha marcado una hora entre las de su vida, durante la cual deberán cambiar la faz de las naciones. Pero como llevamos dicho, nada anunciaba en él este extraordinario signo; y en cuanto al presente, no pasaba de ser un hermoso joven, pálido, tímido y amoroso.

— ¿Cómo os llamáis? preguntó la reina.

— Perrinet Leclerc.

— ¿De quién sois hijo?

— Del *echevin* Leclerc, llavero de la puerta de San Germán.

— ¿Cuál es vuestro oficio?

— Mercader de hierro en el *Petit-Pont*.

— ¿Queréis abandonar vuestro oficio para entrar á servir al caballero de Bourdón?

— Todo lo abandonaría por ver á Carlota.

— ¿Y sabréis cumplir con los deberes de vuestro nuevo empleo?

— De todas las armas que tengo en mi casa, como mercader de hierro, hay muy pocas que no sepa manejar como el mejor caballero, desde la maza hasta la daga, desde la ballesta hasta la lanza.

— Y si yo os consigo ese empleo, ¿podré contar con vos, Leclerc?

El joven levantó la vista, y elevándola sobre la reina, dijo con firmeza:

— Sí, señora, en todo lo que no se oponga á lo que debo á mi Dios y á mi rey Carlos,

La reina frunció imperceptiblemente su frente.

— Basta, dijo; podéis contar ya con vuestro empleo.

Los dos amantes se miraron con una mirada indecible de felicidad.

En este momento se oyó un violento tumulto.

— ¿Qué es eso? dijo la reina.

Carlota y Leclerc se precipitaron á la misma ventana para mirar al patio.

— ¡Dios mío! exclamó la doncella con la admiración del terror.

— ¿Qué hay? preguntó segunda vez la reina.

— ¡Oh! Señora, el patio está lleno de gente armada, que se ha apoderado de la guarnición: los caballeros Giac y Graville están prisioneros.

— ¿Nos habrán sorprendido los borgoñones? dijo la reina.

— No, señora, replicó Leclerc; son gentes de Armañac, según se deduce de la cruz blanca que visten.

— Ahí está su jefe, dijo Carlota: es Dupuy. Viene acompañado de dos capitanes; están preguntando ahora por la habitación de la reina: se la señalan con el dedo. Se dirigen hacia aquí; entran... ya suben.

— ¿Queréis que les cierre el paso? dijo Leclerc desenvainando su puñal.

— No, no, exclamó vivamente la reina. Ocultaos en ese gabinete. Si ignoran que estáis aquí, tal vez me podréis ser útil, pero si os descubren, sois perdido.

Carlota empujó á Leclerc á una especie de gabinete negro que estaba al lado de la alcoba de Isabel. La reina saltó de la cama y se puso una ancha bata de brocado guarnecida de pieles, con la que se arropó, sin tener más tiempo que para cruzársela con sus manos: sus cabellos, como hemos dicho, caían sobre sus hombros y descendían hasta más abajo de la cintura.

Entonces entró Dupuy seguido de dos capitanes, y levantando la tapicería sin quitarse el sombrero, dijo á la reina:

— Reina, sois mi prisionera.

Isabel dió un grito, en el cual había tanta rabia como admiración; mas sintiendo que sus piernas flaqueaban, cayó sentada en su misma cama.

Mirando entonces al que acababa de dirigirla la palabra en unos términos tan poco respetuosos, le dijo con acerba sonrisa :

— Sin duda estáis loco, maese Dupuy.

— Eso se queda para el rey nuestro señor, respondió éste : lo que á no ser así, hace ya tiempo que os hubiera dicho por primera vez lo que ahora acabo de deciros.

— Soy vuestra prisionera, y aunque no fuese ya reina, soy siempre mujer; hablad, pues, con sombrero en la mano, messire, como sin duda hablaréis á vuestro amo el condestable, porque voy presumiendo que él es el que os envía.

— Habéis acertado : vengo de orden suya, respondió Dupuy quitándose lentamente el sombrero, como un hombre que obedece más bien á su propia voluntad que á las órdenes de otro.

— Está bien, replicó la reina; pero como el rey debe venir de un momento á otro, veremos entonces quién manda aquí, si el condestable ó yo.

— El rey no vendrá.

— Yo os digo que vendrá.

— Y yo os digo que se ha encontrado en mitad del camino al caballero de Bourdón.

La reina se estremeció y Dupuy se sonrió al notar aquella sensación.

— ¡ Y bien ! dijo la reina.

— ¡ Y bien ! este encuentro ha cambiado sus proyectos, y también sin duda alguna los del caballero, pues pensaba volver solo á París, donde estará entrando á estas horas muy bien acompañado de una buena escolta; creería también ir á descansar á su rica habitación del palacio de San Pablo, sin contar con que tenía reservada otra en el *Chatelet*.

— ¡ El caballero está preso ! ¿ por qué ? Dupuy se sonrió.

— Nadie mejor que vos, señora, debe saberlo.

— Me complazco en creer que su vida no corre ningún peligro.

— El *Chatelet* está muy cerca de la Greve, dijo riéndose Dupuy.

— No se atreverán á asesinarlo.

— Reina, dijo Dupuy mirándola fiera y altanaramente, recordad la muerte de monseñor el duque de Orleans : era el primero en el reino después del rey nuestro señor, alumbrábanle cuatro peones con hachas, acompañábanle los escuderos con lanzas, rodeábanle dos pajes con espadas : la última noche que pasó por la calle de Barbette de vuelta de cenar con vos... No hay ciertamente comparación entre un personaje tan esclarecido y un ca-

ballero tan obscuro... y á pesar de eso, ¿ creéis, por ventura, que no se aplique al último la misma pena que sufrió el primero ?

La reina se levantó fuera de sí de cólera, agolpándosele tan rápidamente la sangre á la cara, que parecía iban á reventarse las venas; y acercándose entonces á la puerta, pronunció con voz ronea esta palabra :

— Salid.

Dupuy, intimidado, retrocedió un paso.

— Está bien, señora; pero me resta que deciros una cosa antes de salir : la voluntad expresa del rey y de monseñor el condestable, es que salgáis sin dilación alguna para la ciudad de Tours.

— ¿ Sin duda en vuestra compañía ?

— Sí, señora.

— Por consiguiente, vos sois el elegido para carcelero mío. El empleo es honroso y os sienta maravillosamente.

— Siempre es algo en la sociedad el que tiene bajo de llave á una reina de Francia.

— Decidme, ¿ creéis que darán cartas de nobleza al verdugo que corte mi cabeza ?

Y sin esperar contestación volvió la espalda, como quien no quiere hablar más.

Rechinaron los dientes de Dupuy.

— ¿ Cuándo estaréis pronta para partir ?

— Os lo avisaré.

— Considerad que os he dicho que no había tiempo que perder.

— Considerad, messire, que yo soy la reina, y que os he dicho que me dejéis sola.

Dupuy murmuró algunas palabras; pero como nadie ignoraba el ascendiente que todavía ejercía la reina sobre el rey, temió, y no sin motivo, que volviese á recobrar el poder que hacía algunos instantes tan solo había perdido. Saludándola, pues, más respetuosamente de lo que hasta entonces la había tratado, salió del cuarto obedeciendo la orden de la reina.

Cerrarse la puerta, prorrumpir en sollozos la afligida de Carlota y lanzarse en el cuarto Perrinet Leclere, fué obra de un instante. Estaba más pálido que cuando había entrado, pero se conocía al primer golpe de vista que la cólera, y no el temor, le habían hecho perder el color.

— ¿ Queréis que muera ese hombre ? preguntó á la reina mordiéndose los labios y empuñando la daga.

La reina, que se había dejado caer en un sitial, se sonrió con la mayor amargura. Carlota, anegada en llanto, se echó á sus pies.

El golpe que había recibido la reina había herido también á los dos jóvenes.

— ¡ Sí, quiero que muera! dijo la reina. ¿ Has creído, joven, que para matarle necesito ni de tu brazo ni de tu puñal?... ¡ Matar!... ¿ y para qué?... Contempla ese patio lleno de soldados... ¡ Matarle!... ¿ Su muerte acaso salvaría la vida de Bourdón?

El llanto de Carlota se redobló más y más; además de las penas de su ama, sentía un dolor personal no menos vivo: la reina perdía la felicidad del amor; Carlota perdía todas las esperanzas del amor. Carlota era, pues, la más digna de lástima.

La reina prosiguió.

— ¡ Lloras, Carlota, lloras... y no pierdes al que amas... porque vuestra separación será momentánea!... ¡ Lloras!... Y sin embargo, cambiaría mi suerte de reina por la tuya... ¡ Lloras!... ¡ No sabes, pues, que yo que no puedo llorar amaba á Bourdón como tú amas á este joven! Pues mira, lo van á matar, porque ellos no perdonan... La muerte está ya amenazando la cabeza de aquel á quien yo amo tanto como tú amas á éste; sin embargo, nada podré hacer para impedir este asesinato, hasta ignoraré el momento en el que traspasen alevosamente su pecho; y todos los instantes de mi

vida me parecerán los de su muerte, y todos los minutos me estaré diciendo: tal vez ahora me estará llamando, y revolcándose en su sangre exhalará la última agonía; ¡ y yo estoy aquí sin poder hacer nada, á pesar de ser reina, y reina de Francia!... ¡ Maldición! No lloro y no puedo llorar.

La reina se retorció los brazos y se hería el rostro: los dos jóvenes lloraban, no por sus desgracias, sino por la de la reina.

— ¿ En qué os podemos servir, señora? decía Carlota.

— Disponed de nosotros, decía Leclerc.

— Nada, nada... ¡ Oh! todo el infierno está encerrado en esta palabra. ¡ Estar pronta á dar su sangre, su vida, para salvar á aquel á quien se ama, y no poder hacer nada!... ¡ Oh! ¡ Si algún día cayesen en mi poder esos hombres que se han complacido en atormentar mi corazón! Pero nada puedo hacer contra ellos, nada en favor de él; sin embargo, he sido bastante poderosa; en uno de los momentos de locura del rey hubiera podido hacerle firmar la muerte del condestable. ¡ Y tonta de mí, no lo he hecho!... Armañac sería, pues, el que á estas horas, encerrado en un calabozo, tendría ya frente á frente la muerte como la tiene él... él, que es tan hermoso y tan joven, y que jamás les ha

hecho daño alguno ! Sin embargo, lo matarán como mataron á Luis de Orleans, que jamás les hizo tampoco nada... ¡y el rey... el rey, que ve todos estos asesinatos, que anda sobre charcos de sangre, en los que cuando se resbala se agarra para sostenerse de brazos de asesinos ! ¡ El imbécil, el estúpido !... ¡ Dios mío, Dios mío, compadeceos de mí... salvadme... y vengadme también !...

— ¡ Misericordia ! decía Carlota.

— ¡ Condenación ! decía Leclerc.

— ¡ Seguirle yo !... ¡ Quieren que yo me vaya ! ¡ creen que yo me iré !... no... no. ¡ Partir sin saber qué ha sido de él... antes me arrancarán de aquí á pedazos !... Veremos si se atreven á poner sus sacrílegas manos en la reina ; yo me agarraré á estos muebles, á estas paredes con las manos y los dientes... ¡ Oh ! tendrán que decirme lo que ha sido de él ; pero no, yo misma iré en persona, sabedlo : aunque la noche está muy oscura, yo misma iré á la cárcel (y cogiendo una caja la abrió) ; tengo oro, ¡ no veis !... bastante oro para comprar un hombre, sangre y alma ; y si este no bastase, aquí están mis alhajas, estas perlas, con las que podía comprarse todo un reino : ¡ miradlas bien ! todas las daría, todas al carcelero, diciéndole : ¡ devolvédmelo vivo !... ¡ devolvédmelo sin que le

hayan tocado un solo cabello, y todo esto examinadlo bien, oro, perlas, diamantes, todo esto es vuestro... vuestro, porque me habéis dado más que vale todo eso junto ; vuestro, porque todavía os debo mucho más, y os lo pagaría si me quedase con qué !

— Señora, dijo Leclerc, ¿ queréis que vaya á París?... tengo amigos, los reuniré y caeremos sobre el Chatelet.

— Eso es, dijo amargamente la reina ; y con semejante locura lograrás acelerar su muerte, ¿ no es verdad?... Y si por último lográis penetrar en las prisiones encontraréis al entrar en el calabozo un cadáver todavía caliente y brotando sangre, ¡ porque necesita mucho menos un puñal para penetrar en el corazón, que el que tú y todos tus amigos necesitáis para forzar diez puertas de hierro !... Solo para matarle nos serviría la fuerza... Ve, corre, pasa los días, pasa las noches delante del Chatelet ; si lo conducen vivo á otro encierro, sígueme hasta la puerta ; si lo asesinan, acompaña su cuerpo hasta la sepultura ; y en uno y otro caso vuelve corriendo á decírmelo, para que vivo ó muerto sepa yo dónde está.

Leclerc hizo un movimiento para salir, pero la reina le detuvo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

— Por aquí, dijo poniéndose el dedo en la boca; volvió á abrir la puerta del gabinete, la ensambladura se corrió, y dejó ver los escalones de una escalera abierta en el grueso de la pared.

— Seguidme, Leclerc, dijo la reina.

Y la imperiosa Isabel, vuelta ya á su ser natural de mujer, y mujer trémula, cogió la mano del humilde vendedor de hierro, única esperanza que le quedaba en aquella hora, y lo condujo, yendo ella la primera, garantizándole los ángulos de las paredes y tentando el terreno de la galeria estrecha y sombría por donde iban andando. Después de algunas vueltas vió Leclerc pasar la luz entre las rendijas de una puerta: la reina la entreabrió; daba á un jardín aislado, en cuya extremidad estaba la muralla; siguió con la vista al joyen que subió sobre el baluarte, se despidió de ella con una última seña de esperanza y de respeto, y desapareció saltando.

Tal era la confusión, que nadie reparó en él.

Dejaremos á la reina que vuelva á su cuarto y seguiremos á Leclerc, que por campo través llega hasta la Bastilla, continúa sin detenerse por la calle de San Antonio, y pasando por la plaza llamada Greve, echa una mirada inquieta sobre la horca, que extiende su brazo descarnado hacia la

parte del río, se para un instante para tomar aliento en el puente de Nuestra Señora, llega después al ángulo del edificio de la Grande Carnicería, y cerciorándose que desde allí no puede entrar ni salir nada del Chatelet sin que lo vea, se entremete entre el grupo de las gentes, que á la sazón hablaban del encarcelamiento del caballero.

— Os aseguro maese Bourdichón, decía una vieja á un hombre que tenía agarrado de los botones de su ropilla, para obligarle á que la escuchase con una atención no interrumpida; os aseguro que ha vuelto en sí, lo sé por la Juanilla, la hija del carcelero del Chatelet; la misma me ha asegurado que solo tiene una contusión en la cabeza.

— No diré yo que no, comadre Juana, respondió el hombre; pero con todo lo que me acabáis de decir nos quedamos sin saber por qué ha sido preso.

— ¡Pues hombre, eso es muy fácil de adivinar! Estaba de inteligencia con los Ingleses y los de Borgoña para entregar á París, entrar á sangre y fuego y acuñar moneda con las alhajas de las iglesias... Y no es eso solo: añaden que ha sido urdido semejante plan por instigaciones de la reina Isabel, que se las tiene juradas á los Pari-

sienses desde el ascenato del duque de Orleans; y que ha dicho que no se quedará satisfecha hasta que haga arrasar la calle de Barbette y quemar la casa que tiene á la puerta la imagen de la Virgen.

— ¡ Paso ! ¡ paso ! dijo un carnicero : aquí viene el atormentador.

Un hombre vestido de encarnado pasó en medio de la turba, que le abrió paso... Al acercarse se abrieron las puertas del Chatelet por sí solas, como si lo conociesen, y detrás de él se volvieron á cerrar. Las miradas de todos le siguieron; hubo un instante de silencio, después del cual se volvieron á entablar las conversaciones interrumpidas.

— Felizmente, dijo la mujer soltando la ropilla de Bourdichón, conozco á la hija del carcelero, y por lo tanto podré entrar á verle dar tormento.

Diciendo esto, echó á correr con toda la velocidad que le permitían su edad y sus piernas, las que no eran exactamente iguales en su extensión.

Dió un aldabazo en la puerta y se abrió un ventanillo, por el que asomó su redonda y risueña cara una joven rubia. Luego se entabló un coloquio, que no tuvo sin duda el resultado que esperaba la Juana, pues la puerta continuó cerrada como antes; sin embargo, la doncellita pasó el brazo entre el

claro de la reja y señaló con la mano la cercera de un calabozo, y desapareció.

La vieja hizo señas al grupo para que se acercase; en efecto, algunas personas vinieron á su lado: la vieja se arrodilló delante de la cercera, diciendo á los que la rodeaban:

— Aquí, aquí, hijos míos, este es el respiradero del calabozo, y ya que no le veamos, podremos al menos oírle gritar. Más vale algo que nada.

Todos se agolparon con la mayor curiosidad sobre el respiradero, que parecía una boca del infierno. Apenas habían pasado diez minutos, cuando se oyeron ruidos de cadenas, gritos de rabia, y se vieron resplandores de fuego.

— ¡ Oh ! Ya veo el braserillo, decía la mujer. Bueno, ya mete las tenazas de hierro entre las áscuas... Ahora soplan.

Á cada aspiración del fuelle, el braserillo arrojaba llamaradas tan vivas, que parecían un relámpago subterráneo.

— Ahora ha cogido las tenazas; están tan rugientes, que se ha quemado los dedos con el mango... Ahora se va más adentro, solo le veo ya las piernas... ¡ Chut ! Silencio... no hay que hablar, porque ahora sí que vamos á oír...

Y se oyó un chillido...

Todas las cabezas se acercaron más al respiradero.

— Ahora el juez le interroga, continuó la Cicconi femenina, que en virtud de sus derechos de primer venida, tenía la cabeza enteramente metida entre las dos barras de hierro del respiradero. No responde: ¡ responde, pues, bribón, asesino, confiesa tus crímenes!

— ¡ Silencio! gritaron muchas voces.

La mujer sacó la cabeza del agujero, pero teniendo agarrado con las dos manos la barra, para evitar de este modo que le quitasen el sitio mientras que hablaba; y después de tomar esta precaución, dijo con todo el convencimiento propio de un inteligente:

— Es que, señores, si no confiesa nada no lo podrán ahorcar.

Un segundo grito hizo que su cabeza volviese á introducirse dentro de las barras.

— ¡ Holá! exclamó, han mudado de sistema, porque andan por el suelo las tenazas detrás del brasero. ¡ Pues me gusta! Ahora salimos con que está cansado el atormentador.

Oyéronse entonces algunos martillazos.

— No, no, continuó la mujer con alegría, es que le están poniendo los borcegués.

Los borcegués eran unas planchas que se ataban con cuerda alrededor de las piernas del paciente: pasábase luego entre ellas una ancha cuña de hierro, sobre la cual se golpeaba, hasta que juntándose machucaban la carne y los huesos.

Sin duda el caballero no confesaba nada, porque los martillazos se sucedían con una fuerza y una rapidez cada vez mayor, cual si al verdugo le encolerizase tanta resistencia.

Hacia ya algún tiempo que no se oían gritos; habíanlos reemplazado sordos gemidos, que sucesivamente se fueron también apagando. Los golpes del mazo cesaron de repente.

Levantóse Juana, y sacudiéndose el polvo de las rodillas y ajustándose la papalina, dijo:

— Se acabó por hoy; se ha desmayado sin pronunciar una sola palabra.

Y se retiró en seguida, convencida de que sería inútil esperar por más tiempo.

El profundo conocimiento que manifestaba tener de lo que allí pasaba, arrastró en pos de ella á todos los testigos de aquella escena, excepto á un joven, que permaneció de pie apoyado en la pared.

Era Perrinet Leclerc.

Á poco rato, como lo había previsto Juana, salió el verdugo.

Á la caída de la tarde entró un sacerdote en la prisión.

Cuando hubo cerrado la noche, se colocaron centinelas á la parte exterior, y uno de ellos obligó á Leclerc á que se alejase, y éste fué á sentarse en un trascantón situado en la esquina del puente de los Molineros.

Hacía ya dos horas que se hallaba en aquel sitio ; y aunque la noche estaba sombría, se habían acostumbrado sus ojos en tales términos á la obscuridad, que distinguía en las pardas murallas el sitio que ocupaba la puerta del Chatelet. No había pronunciado una sola palabra, no había apartado la mano de su daga, ni había pensado en beber ni en comer.

Dieron las once.

La última campanada vibraba todavía cuando se abrió la puerta del Chatelet. Dos soldados con la espada en la mano y una antorcha en otra, aparecieron en el umbral de la puerta ; seguíanlos cuatro hombres que llevaban un fardo, y detrás de éstos venía un individuo, cuya cara ocultaba una caperuza encarnada : silenciosamente se acercaron al puente de los Molineros.

Cuando estuvieron enfrente de Perrinet, vió éste

que el objeto que aquellos hombres llevaban era un largo saco de cuero ; escuchó con atención, y percibió un profundo gemido ; ya no quedaba duda.

En un segundo estuvo su daga fuera de la vaina, dos de los portadores á tierra y el saco abierto de arriba abajo.

Un hombre salió de él.

— ¡ Salvaos, caballero ! dijo Leclerc.

Y aprovechándose del estupor que su ataque infundió en la reducida tropa, para ponerse rápidamente al abrigo de su persecución, se deslizó á lo largo del declive del río, y desapareció.

El hombre á quien con tanto valor trató de dar libertad, intentó huir ; quiso ponerse de pie, pero sus quebrados huesos no pudieron sostenerle, y otra vez cayó desmayado arrojando un grito de dolor y de desesperación.

El de la caperuza encarnada hizo una seña, y los dos portadores que no estaban heridos recogieron aquel cuerpo inanimado. Cuando llegó en medio del puente, se detuvo y dijo :

— Arrojadle.

La orden se ejecutó inmediatamente ; un objeto sin forma bamboleó un instante entre el espacio del puente y del río, y el ruido de un cuerpo pesado

retumbó en el agua. En aquel momento, una barca conducida por dos hombres se dirigió al sitio en que el cuerpo había desaparecido, y siguió un instante la corriente del agua. Al cabo de algunos segundos, mientras que el uno remaba el otro enganchó con un arpón un objeto que nadaba á flor de agua; y se disponía á colocarle en su barca, cuando el hombre de la caperuza encarnada arrojó al viento desde el puente y con voz sonora estas palabras sacramentales:

— ¡ *Dejad pasar la justicia del rey!*

El marinero se estremeció, y á pesar de las súplicas de su camarada, precipitó otra vez en el río el cuerpo del caballero de Bourdón.

## XVIII

Los veinticinco golpes.

Unos seis meses habían transcurrido después de la escena que en el capítulo anterior hemos procurado describir: la noche se acercaba á la inmensa ciudad, y desde la puerta de San Germán se veía lenta y sucesivamente, según el sitio que ocupaban, desaparecer entre la niebla los campanarios y las torres que adornaban á París en 1417. Los puntiagudos torreones del Templo y de San Martín, fueron los primeros que hacia el Norte se confundieron con la sombra, que acudía veloz y espesa como una marea; en seguida alcanzó y envolvió las agudas y dentelladas agujas de San Gil y San Lucas, que desde lejos parecían en medio del

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO